

Pero este es como el primer paso, ó la idea generalizada respecto de lo que entra á componer este bastísimo teatro del universo. El historiador sagrado que vá á montar sobre un horizonte tan agusto á el espíritu le lleva tambien á otro objeto, que lo eleve con cierta singularidad, y que arranque de su espectador quanto pueda inspirar un idioma sentimental. Trata de la formacion del hombre, y llama la atención de su lector con una locucion de énfasis. Hagamos (dice hablando en la persona de Dios) hagamos á el hombre á nuestra imagen y semejanza. El hombre en su pluma es formado del barro de la tierra, y animado con un soplido divino. El hombre vive, respira, es imagen de Dios, dice el mismo. Inculca esta verdad y la repite tres veces. Tan hermoso tan grande se descubre al hombre en el lienzo que forma Moyses. Allí es pintado no solo como un cuerpo, ó una materia puesta en movimiento, sino como una expresion viva de un Dios, espíritu inteligente, libre, inmortal y árbitro de la naturaleza. El hombre mismo parece asociado con su Dios á este imperio. Creced, les dice Dios á Adán y Eva, creced y multiplicaos: llenad la tierra, someted á vuestras leyes todo lo que respira; yo os doy las plantas y los frutos para vuestro alimento. En virtud de esta orden suprema el hombre puede destinar á un uso lícito todas las riquezas, que encierra de uno á otro polo el universo.

Mas quien es el que resulta en estos peregrinos detalles distribuidor de todos los bienes: qual es el generoso dador de todos estos tesoros sino un Dios! A quien ven los ojos del hombre no solo como origen, y fuente de quien emanan si tambien como á dispensador libre de ellos, sino á este soberano artifice, que despues de sacarlas de la nada, de adornarlas, distribuirlas, encadenarlas y darles el invariable sistema de las leyes que las clasifican, se muestra tan liberal bien hechor en ponerlas á la disposicion de su imagen, para que por ellas mismas suba á su amor, y conocimiento!

